

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Cómo empecé a escribir ficción
Diarios de una escritora

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo|central, 42

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

GEORGE ELIOT

Cómo empecé a escribir ficción

Diarios de una escritora

Selección, traducción y comentario de
Gonzalo Torné

el paseo, 2025

Título original: *The Journals of George Eliot*

© de la selección, traducción y comentario: Gonzalo Torné, 2025

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2025

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: marzo de 2025

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: EL PASEO EDITORIAL

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-40-3

DEPÓSITO LEGAL: SE-431-2025

CÓDIGO BIC: DND, CBV

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.

Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

La agenda de George Eliot, por Gonzalo Torné	IX
<i>Diarios de una escritora</i>	
1. «¿Cómo empecé a escribir ficción?»	3
2. El bienio alemán: una escritora en formación	7
3. Regreso a Inglaterra. Primeros pasos como escritora	41
4. El debut como novelista	51
5. Historia de <i>Adam Bede</i>	63
6. Amos Barton y <i>El molino del Floss</i>	67
7. <i>Silas Marner</i> y el bloqueo creativo	83
8. <i>Romola</i> (la novela italiana) y los problemas de salud	91
9. La aventura de escribir versos	109
10. De camino hacia <i>Middlemarch</i>	121
11. La polémica de <i>Daniel Deronda</i>	133
Índice onomástico	141

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La agenda de George Eliot

A diferencia de lo que ocurre entre los lectores y críticos estadounidenses no parece existir entre los ingleses ninguna ansiedad por encontrar la Gran Novela Británica. Incluso a bote pronto se nos ocurren varios motivos para explicar este desinterés. El más obvio es que Inglaterra no comparte la afición competitiva (y algo inmadura) de los Estados Unidos por encontrar y localizar Números Uno de cualquier disciplina (incluida la ingesta de perritos calientes). El segundo sería que su tradición es tan extensa que ha aprendido a reconocerse en una variedad de logros que se resisten a establecer comparaciones. ¿Cómo diablos vamos a determinar si *Tristan Shandy* es mejor que *Cumbres borrascosas* o si *Ulises* ha superado a *David Copperfield*?

Una tercera posibilidad más favorable a nuestros intereses, y suscrita nada menos que por Martin Amis, es que Inglaterra encontró su Gran Novela en 1874, con la publicación en un solo tomo de *Middlemarch* del entonces todavía misterioso George Eliot. La propuesta es discutible, un punto escandalosa, pero del todo plausible. ¿Al fin y al cabo qué esperamos de una Gran Novela? Por lo menos que condense las líneas principales de una tradición y que fecunde las futuras.

Y lo cierto es que *Middlemarch* cumple con solvencia con ambas exigencias. En sus páginas se elevan los prados y los *cottages*, el comercio y la lucha por la vida, los intrínquilos de los sentimientos amorosos, la atmósfera de representación y comedia tan querida por sus predecesores, y esa exposición fluida de la vida de la mente que la literatura inglesa no ha soltado desde que aprendió su secreto; todo elevado en el vuelo de una

inteligencia inédita. En cuanto a su capacidad de inspirar el futuro bastaría con recordar la devoción que inspiró en Marcel Proust y Henry James, los dos escritores no ingleses que con más ahínco trataron de serlo.

Pese a sus méritos literarios George Eliot no disfruta de la popularidad de Jane Austen o Dickens, ni del prestigio de Virginia Woolf o Joyce. Menos accesible que los primeros y menos fascinante que los segundos, sus novelas se desarrollan en una zona media de encanto y complicación intelectual que parece más proclive a la admiración que a despertar entusiasmo.

Termino de escribir la última frase del párrafo anterior y me pregunto si de verdad es así. ¿No somos los lectores de George Eliot devotos entusiastas de *Middlemarch* y de su otra obra maestra *El molino del Floss*? ¿No recomendamos una y otra vez *Silas Marner*? ¿Nos cansamos de hablar de *El velo alzado* o de «El arrepentimiento de Janet»? Si no nos pinchan, ¿no nos entusiasman? Quizás concurren otros motivos, quizás en la gran época del escritor como personalidad y de la biografía como clave de lectura la vida de George Eliot nos parezca anodina comparada con los viajes y los recitales de Dickens, la identificación que genera Jane Austen con sus heroínas, la prestigiosa seducción de Bloomsbury o la existencia examinada hasta el último detalle de Jim Joyce.

Más que anodina o insulsa de lo que carece la vida de George Eliot es de un buen relato. No voy a negar que su apagada infancia y juventud, aborrecida por la propia autora, que parecía haberla varado en una soltería sin alicientes intelectuales ni sociales es bastante sosa. Pero hay en su vida adulta algo más que una discreción agazapada bajo un pseudónimo y la protección de un marido devoto (George Henry Lewes podría forzar un cuarto set a Leonard Woolf en el Wimbledon de los esposos infatigables): el relato de una mujer que un buen día se puso a perseguir con una convicción sin aspavientos su felicidad sentimental (interponiéndose en un matrimonio consolidado y con hijos) y su realización como novelista a contrapelo de las convenciones sociales y los protocolos literarios. Una autora que por si fuera poco, a diferencia de tantas otras que fueron

la amante «oficial» del hijo del escritor Leigh Hunt. Mary Ann y Lewes empezaron a vivir juntos en 1851, pero la creciente presión del entorno les sugirió trasladarse a Alemania un tiempo. Su plan era esperar allí que se tramitasen las gestiones del divorcio (la cuestión se había complicado al reconocer Lewes a los hijos de su esposa con Hunt, de manera que se le acusaba de ser cómplice de un «adulterio premeditado»), mientras progresaban en sus respectivos estudios y se empapaban de la cultura alemana de la mano de sus protagonistas. La primera estación elegida fue Weimar, aunque tenían en mente trasladarse a Berlín tan pronto como fuese posible. Mary Ann consideraba este viaje su luna de miel, y ambos sabían que a su regreso la sociedad londinense les acogería como marido y mujer. Justo en este momento la mujer que pronto se revelaría al mundo de las letras como George Eliot empieza a escribir su diario.

GONZALO TORNÉ

Cómo empecé a escribir ficción

Diarios de una escritora

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

1. «¿Cómo empecé a escribir ficción?»

Septiembre de 1856 marcó un antes y un después en mi vida. Fue el momento en el que me decidí a escribir ficción. La idea flotaba desde siempre en mi cabeza como un sueño vago. Aunque la novela que iba a escribir variaba de una época a otra de mi vida. Pero sobre el papel apenas había escrito un capítulo donde describía un pueblecito de Stafforsdhire y la vida que llevaban en su granjas. Nada más durante años.

Así que con una producción tan exigua a medida que pasaban los años fui perdiendo la esperanza de escribir una novela, este desánimo se unió a otras desesperanzas de mi vida futura... pero si me centro en la escritura, si trato de analizarlo de manera racional, mi principal miedo era mi incapacidad de escribir diálogos y de urdir una trama. Me sentía refractaria al desarrollo dramático. Aunque algo en mí me decía que si un día daba el paso me sentiría muy cómoda con las descripciones. Y, sin embargo, lo que se agitaba en mi interior eran tramas, historias. Al fin y al cabo, lo poco que había escrito era un capítulo descriptivo, pero yo podía ver en cada personaje esbozado un desarrollo dramático.

Estábamos viviendo una temporada en Berlín cuando di el paso de leerle lo que llevaba escrito a George. Su juicio no despertó en mí grandes esperanzas con elogios excesivos, se limitó a señalarme que era una descripción encantadora y que no podía descartarse mi talento dramático por una corazonada, sin intentarlo. Al regresar a Inglaterra tuve cierto éxito con los artículos y las reseñas, una resonancia superior a la que cualquiera de los dos esperaba.

Fue George quien recordó nuestra conversación, y fortaleció su idea de que merecía la pena probar si mi fuerza mental era suficiente para sostener una novela. Todavía recuerdo sus palabras: «Deberías intentar escribir una historia». Y en cuanto nos instalamos en Tenby me instó, casi me envalentonó, a ponerme a escribir de inmediato.

Pero lo cierto es que lo aplacé, no me puse enseguida, es un rasgo de mi carácter: solo afronto el trabajo intelectual cuando no me queda otro remedio y la fecha de entrega me persigue. Pero supongo que los ánimos de George se quedaron allí porque una mañana, todavía acostada, me puse a pensar en el tema de mi primera novela, y las impresiones imaginativas terminaron entrelazándose en un título: «La triste fortuna del reverendo Amos Barton».

Esperé en silencio a que se despertase George y le dije lo que se me había ocurrido y él me respondió que era un título estupendo. Y es curioso, desde que el título tomó cuerpo en mi cabeza me sentí en la obligación de escribir la novela.

George me decía a menudo: «Quizás fracasas, es posible que no puedas escribir ficción. Pero llevas años sin hacerlo, es un estado que conoces. Y también es posible que el resultado no sea excelente, pero sí lo bastante bueno como para seguir intentando mejorar. Y quién sabe, igual un día llegues a escribir una obra de arte». Siempre sentí su apoyo, y al mismo tiempo su exigencia. Incluso cuando me elogiaba sentía que George esperaba de mí que intentase algo ambicioso: «No se puede negar que tienes ingenio, que conoces la filosofía y tienes sensibilidad para la naturaleza. Todo eso es muy útil para escribir una novela. Inténtalo, no dejes de intentarlo».

Decidimos que George leería mi novela con ojos críticos, y que si consideraba que daba los mínimos se la enviaríamos a Blackwood. Pero todo esto lo hablábamos en el convencimiento de que mi primer intento era solo una prueba, una manera de entrenar las facultades, y que la buena sería la segunda intentona.

Después de pasar unos días en Richmond tuve que entregar artículos y reseñas que retrasaron el proyecto de ponerme a escribir. Pero el día 22 de septiembre arranqué por fin. Ya llevaba